

PN 40 61

03

Núm. Clas. _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Adg. 43839 _____
 Procedencia 1 _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____



FONDO
 A. B. PUBLICA DEL ESTADO

73577

PRÓLOGO.

VARIAS han sido las opiniones acerca de las partes en que dividieron los Retóricos la elocuencia; pero la filosofía, que no es otra cosa que la razón, las reduce á dos solamente, *elocucion*, y *pronunciacion*. En estas calidades se funda esencialmente el arte de hablar bien, en el cual no se comprenden la *invencion* y la *disposicion*, porque la primera es la traza del argumento, y el argumento, como quiera que sea, pertenece á la Dialéctica, sino nos queremos desentender de la doctrina que nos dejaron Aristóteles, Platon, y Marco Tulio. El fin de la elocuencia es adornar la oracion con las galas y luces del estilo, y el de la Dialéctica formar discursos y racionios.

Esta obra, pues, que abraza solo la elocucion, no se destina á formar un orador en el púlpito, en el foro, ni en el senado, instruyéndole en las demas partes y requisitos peculiares á sus respectivas funciones, porque no examina, ni propone, si no las del estilo, considerado bajo de todas las formas retóri-

cas. No enseñará á componer un discurso, arenga, ó razonamiento entero y perfecto en la invencion de sus tópicos, y disposicion de sus partes con respecto á los tres diferentes géneros de que tratan todos los preceptistas clásicos antiguos y modernos. Pero familiarizará al lector con los escogidos egemplos que encierra; y guiándole con la luz de las observaciones, doctrinas, y juicios que se le presentan al fin de todos los dechados, de todos los géneros de estilos, se le facilitará el conocimiento de lo que tal vez ignoraba, ó el desengaño de lo que erradamente habia aprendido en la clace.

Y por esto mismo, aunque todos los hombres no tienen presicion de ser oradores, ni escritores públicos, ó carecen de aptitud ó disposicion para estos oficios; sin embargo tendrán muchos de ellos, en diferentes situaciones de la fortuna, y destinos de la vida civil, ocasiones de acreditar con el imperio de la palabra su mérito, su puesto, su estado, su poder, ó su talento. Así pues, no creo que, ni al que se dedica á persuadir á los otros, ni al que le conviene quedar persuadido, deje de aprovecharles la lectura de este tratado, donde hallarán á la mano los instrumentos con que los hombres elocuentes obraron este prodigio. Egemplos insignes les ofrecerá la historia en los trozos selectos y variados, recogidos en esta obra, y esparcidos en sus pro-

pios lugares. En unos oirá la voz del profeta que amenaza, ó del predicador que edifica: en otros la del vencedor que aterra imperando, y del esclavo que enseña sufriendo: en otros la del magistrado que defiende las leyes, y la del caudillo que alienta sus tropas; y en otros la del héroe, admirándonos con su fortaleza, la del sabio predicando la verdad, y la del siervo de Dios acusando nuestra tibieza.

La pronunciacion con la accion es la segunda parte de la elocuencia, ó lo que llama Ciceron *elocuentia corporis*. Estas dos calidades son tan esenciales al orador, y á todas las personas que han de hablar en público, que solo ellas dan vida y voz á la elocuencia, la cual, conservada en la memoria, ó en el papel, es cuerpo sin brazos y sin lengua. Este tratado faltaba en la primera edicion de esta obra, y se ha añadido á la presente.

Declarado ya el objeto de esta obra, resta ahora dar razon de su título, bajo del cual se introduce la elocuencia como casada con la filosofía. El alma debe considerar en lo que la deleita, ó sorprende la razon y causa de lo que siente: y entónces los progresos de este exámen acrisolan y perfeccionan lo que llamamos *gusto*. Hasta aquí la elocuencia se habia tratado, entre nosotros, como un mero arte fundado mas en preceptos que en principios, mas en definiciones, que en egemplos,

y mas en especulacion que en el movimiento de los afectos. Por este método, los muchachos no han tenido sino Cartillas clásicas, para enriquecer su memoria, y ninguna luz para guiar despues su talento cuando, en edad mas adelantada, hayan de presentar al público, de palabra ó por escrito, el fruto de sus estudios. A este fin es de suma necesidad una retórica filosófica, es decir, en la cual se diese la razon de sus doctrinas, se examinasen con gusto crítico los egemplos, se comparase el espíritu de los conceptos con la fuerza de la espresion, se desmenuzase la estructura de las frases, y se desentrañase la relacion entre nuestros afectos y su propio language, mostrando el origen de las virtudes del estilo, y de sus vicios tambien. Esta es la que nos falta para dar pasto al entendimiento, y al corazon de los lectores, deseosos de aprovechar en el noble egercicio de la elocuencia.

Llamo yo *filosofía de la elocuencia* aquella sabiduría, aquella discrecion en producir con vigor, gracia y propiedad de palabras lo que se engendra en nuestro discurso. Perdóneseme á lo ménos el pensamiento que concebí treinta y seis años hace, ya sea por su novedad, ya por mi noble intencion. Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma, acaso no eché de ver que con lo mucho que en sí promete, me imponia una gran carga, que en realidad fué muy superior

á las fuerzas y al caudal de mis juveniles años. Dichoso me llamaré mil veces, si en esta nueva edicion, nueva en todo, ménos en el título y en la forma, el ánimo me ayuda para salir ménos desairado que en la primera. Y si bien el público la recibió con general aplauso, si hemos de contar por tal el despacho de cuatro impresiones; nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo. A la primera empresa nadie me obligó, como tampoco á esta segunda, y por esto mismo seré ménos digno de indulgencia si segunda vez no hubiese medido bien mis fuerzas con el peso del trabajo. He dicho que nadie me ha obligado, y no se si he dicho bien: mi decidida aficion á este género de estudio, el amor indeleble que profeso á nuestra lengua, y el dolor de ver que de algun tiempo acá se venden, para instruccion de la juventud española, *Cursos de vellas letras, y Lecciones de retórica*, traducidos ya del francés, ya del inglés, en trage y gesto estrangero ¿no son estímulos bastantes para vengar la lengua, la elocuencia, y la Nacion? Ya es tiempo de servir á la Patria con puro y ardiente zelo, que suple por el talento, y muchas veces hace hablar á los mudos.

Sirvan en este caso mis hierros, no para la disculpa, sino para el escarmiento de aquellos que sin vocacion genial, sin estudios, ni preparacion conveniente, y destituidos de todo

don natural ó adquirido, pretenden entrar de carrera en la senda de la elocuencia. Hemos visto en efecto hombres, dotados de cierta facilidad en el decir y sutileza en el discurrir en conversaciones y en debates escolásticos, que han creído que ser razonador era lo mismo que ser elocuente: prenda es esta que alcanzan poquísimos: Y por ellos dice Marco Craso en el diálogo de los oradores: *Disertos vidimus multos, eloquentem omnino neminem.*

La Cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos: la persuasión evangélica, la caridad apóstolica, la energía profética, y la dignidad oratoria. Esta dichosa revolución, cuya época á penas llega á cuarenta años, mas se debe á los escelentes modelos que siempre desengañan y enseñan, que á las amargas sátiras, que irritan el corazón de los agraviados sin ilustrar su entendimiento. Mas tambien de aquí ha provenido un mal: como los buenos modelos que se les han venido á las manos á los que se dedican al púlpito, al foro, y á otros oficios de la elocuencia, sean de autores franceses, les han comunicado el buen estilo, envuelto en la frase de la lengua original, tejiendo y cortando las cláusulas al uso de aquellos escritores: de suerte que lo que hemos ganado en la oratoria, lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura, y gala de nuestro idioma, tomando el estilo,

formas y semblantes que no asientan á la locucion castiza castellana. Por otra parte, la facilidad de tener á la vista cortadas ya y cosidas piezas y discursos para todos los asuntos, bien sagrados, bien profanos; ha fomentado grandemente la pereza de nuestros oradores, quienes, copiando las ideas, y con ellas la dición, han venido á convertirse en meros traductores ó imitadores de los conceptos y espresion agena: comprado todo en las librerías, como se compran vestidos hechos en las tiendas de los roperos.

Este auxilio es muy cómodo á los espíritus perezosos, y á los talentos cortos ó superficiales, que pueden lucir con poco trabajo: los dechados son para norma de los jóvenes que se dedican al ministerio de la palabra; pero debe ser su principal cuidado probar las fuerzas de su entendimiento á solas, habituándose á continuos egercicios. Entonces conocerán que el talento oratorio se ha de sacar de propio caudal, no de la servil imitacion, porque sin ingenio no se inventa, sin imaginacion no se pinta, sin afectos no se conmueve, sin gusto no se deleita, ni se enseña sin sabiduría.

Pero, quando considero la elocuencia bajo de otro respecto, estoy persuadido de que su estudio, y mucho menos su egercicio no es propio de los muchachos, por que debiéndose suponer para su práctica un rico tesoro de pensamientos, el conocimiento del hombre

moral, vastas y escogidas lecturas, una razon egercitada, y diestro manejo de su lengua, requisitos de que carece y es capaz su corta edad; no puedo juzgar por racional el método, hasta aquí generalmente seguido, de anticipar el estudio de la retórica al de la filosofía. A este inconveniente habian añadido los profesores otro mayor enseñando el arte en lengua latina, y en esta misma la composicion: y tal vez en ésta otra de las causas del poco fruto de sus instituciones. Por otra parte ¿qué atractivo puede tener para la puericia el estudio de la elocuencia en una lengua muerta, que no entienden ó entienden trabajosamente? Y cuando todas las circunstancias difíciles de reunir concurriesen para formar un latinista elocuente ¿lo seria este igualmente en su idioma materno? Ordinariamente los que blasonan de escelentes latinos, suelen ser frios, oscuros, é insípidos cuando han de escribir en romance. El método mas útil y mas prudente seria; á mi parecer, que los jóvenes retóricos egercitasen su talento en composiciones castellanas, cultivando y provando la armonía, gravedad, y riqueza de este nobilísimo idioma, y saboreándose con él.

Pero tampoco pretendo que sin grande preparacion, se presente de improviso la bisonería de los retóricos á lucir su elocuencia, recién cogida de la clase, con demasiada confianza. De ninguna manera puede ser bueno,

dice Plutarco, lo que se dice ó hace acelerada y desatinadamente, y segun el proverbio: *Lo bueno es lo difícil*. Las razones no pensadas, por la mayor parte van llenas de vanidad, liviandad, y descuido, pues no se puede ver donde comienzan ni donde acaban.

No digo esto, continua Plutarco, por que quiera reprobar la prontitud y presteza en el hablar y razonar, ni para que se egerciten ménos en ello los que puedan hacerlo buenamente; sino que, hasta que venga á tener edad de hombre, no tengo por bueno que el muchacho hable ni haga razonamientos, ni oracion de repente; mas cuando ya hubiere fundado las raices la elocuencia, entónces, cuando el tiempo y la oportunidad lo requieren, muy bien es usar libremente de las razones. Así pues los que dejan á los muchachos hacer oraciones ó razonamientos de improviso y sin pensarlo, dánles causa de cobrar un hábito de hablar mucho y hablar vanidades. Cuentan de un pintor muy ruin y vano que, mostrando á Apeles una imágen que habia pintado, le dijo; *esto lo hice de repente*; y el otro le respondió *bien lo conozco aunque no lo digas*.

Longino no se contentó como Aristóteles y Hermógenes, con darnos preceptos enteramente secos y desnudos de ornato: no quiso caer en el defecto que reprende á Cecilio, quien habia escrito del estilo sublime en estilo

bajo. Pero Longino, tratando de las perfecciones de la elocucion, supo usar de todos los primores de ella: frecuentemente comete la figura que enseña, y cuando habla del sublime, el mismo es sublime. Sin embargo, lo hace tan á propósito, que no se le podria tachar en ningun pasage de que se salga del estilo didáctico: y esto es lo que le ha dado aquella alta reputacion entre los sabios.

Lejos de mí toda vanidad de haber alcanzado esta gracia y perfeccion en la manera de tratar la materia; pero quédeme la satisfaccion á lo ménos de haber tenido el mismo pensamiento, ya que no el mismo acierto. Los lectores serán mis juces, y dirán si he sabido desviarme de la senda comun de los preceptistas que esplica en el mismo estilo lo humilde que lo elevado, lo templado que lo vehemente, lo frio que lo patético: que dán reglas para espresar con calor lo que no sienten, para mover los afectos que no conocen, para exaltar la imaginacion de que carecen, para formar el estilo cuyas propiedades ignoran, viniendo á dar por fin, en lo mismo que escriben, egemplo contrario de lo que presumen enseñar.

Si no satisfaciese á todos mi forma de tratar esta amena y rica materia; satisfágales mi noble empeño, y mi mas noble intento, de hacer lucir y campear el idioma patrio, tan mal tratado de algunos años acá por los mis-

mos que la mamaron mas pura á los pechos de sus madres. Lo que desmereciere mi pluma, lo vengarán los venerables escritores nuestros, cuyos egemplos he escogido para modelos de las reglas inmutables del bien decir; sin necesidad de mendigar de autores estangeros, ni los pensamientos, ni el modo de espresarlos.

Siendo los egemplos que aquí presento de autores españoles del tiempo en que no estaba la nacion contaminada con lecturas ni traducciones francesas, se aprenderá no solo la elocuencia, sino tambien la buena frase castellana, y la índole del idioma, que, por desgracia nuestra, iba tomando la dureza y desnudez de la lengua francesa con las obras traducidas, donde todo lo que se podia ganar de parte de las ideas y de las formas oratorias, se ha perdido de parte de la elocucion, que conserva siempre algun vicio de la mano del primer artifice.

Con estos egemplos de escritores domésticos nos familiarizaremos nosotros, y los estangeros aficionados á la lengua española, con los donosos, delicados, y castizos modos de decir, inseparables de la sustancia de los pensamientos, y de la estructura retórica de la oracion. En las formas de lo mas vehemente, elegante, ó enérgico de la elocucion, siempre saca la cara la sintaxis, y la índole del idioma en que se escribe. De este achaque adole-

cen las traducciones por esmeradas que sean: no basta saber imitar el talle del cuerpo, si el corte del vestido no dice con la figura. ¿Y qué diremos del estambre de la tela, que es la propiedad de las palabras? Esta tambien se va perdiendo, y solo la lectura de nuestros autores antiguos puede reparar tanto daño. Nuestro precioso idioma debia haber sido analizado en sus vocablos, y en los varios ligados que se forman con ellos, por un músico filósofo, ó por un filósofo músico: pero, por desgracia, ni el oido ni el criterio se han empleado hasta ahora para conocerlo, ni darlo á conocer á los que le ignoran, ni para hacerlo gustar á los que le saben, que no son todos los que le hablan. Con tan bien compuesto instrumento puede un escritor atinado y remirado hacer hablar á las Musas y á las Furias, á los Lacónios y á los Asiáticos, á Cesar y á Ciceron, á Pluton y á Licurgo, á Zenon y á Epicúro. Con la misma lengua y las mismas palabras que usa el palurdo, hablan el sabio y el orador; pero estos se distinguen en lo que quitan ó añaden, y en los vocablos que casan, digamoslo así, ó descasan. Y esto no se puede hacer siempre en todas las lenguas vulgares fuera de la española, principalmente en aquellas que tienen una especie de moldes, ó patrones, para las frases, y como unos carriles señalados por donde rueden las oraciones.

No por esto pretendo que todos los egemplos que propongo de nuestros autores, con aplicacion á esta ó á la otra figura, sentencia, ú oracion, aunque bien acabados en cuanto á la estructura ó forma general de tales, dejen de padecer algunos defectos parciales, ya de dicción, ya de gramática, ya de vejez, unas veces por negligencia, otras por desaliño: y así no se deben imitar tan religiosamente por solo respeto á su memoria, que se quiera autorizar hasta sus yerros, ó descuidos, y hasta las dicciones hoy desusadas, ó las que nuestra delicadeza ó capricho, ó la mudanza de costumbres desecha como plebeyas, ó mal sonantes. Á la verdad, ni todo merece alabanza, ni todo admiracion: porque el que quisiera imitarles hasta en los yerros, sujetando su juicio, como siervo, á la autoridad y celebridad de aquellos nombres, seria semejante á los que, no pudiendo pintar lo bueno, procuran copiar lo malo, como los discipulos de Platon, que le imitaban en la corcoba, y los de Aristóteles en el habla tartamuda.

No se escandalizen los lectores, criados desde su niñez en el lenguaje franco-hispano, si en los egemplos de españoles rancios, que ofrezco á sus ojos, cebados en otro pasto, no encontráren las palabras favoritas de la moda, como *ser supremo, humanidad, beneficencia, sociedad, seres, sentimientos, detalles, asambleas, &c.* porque en aquellos tiempos

no se habian desterrado de nuestra lengua los nombres de *Criador*, de *Señor*, de *Altísimo*, de *Divino Redentor*, ó *Hacedor de Omnipotente*, en fin de *Dios*, pues parece afectacion olvidarse de estas palabras que huelen demasiado á teología en el reinado de la filosofía. Los que así hablan y escriben, sin duda no han advertido que el *ser supremo*, sacado todo entero del *souveraint être* francés, nada significa en castellano, porque esta idea abstracta se esplica entre nosotros por *soberana esencia*, ó *divina sustancia*, que así lo dice Fr. Luis de Granada, y lo dicen otros escritores nuestros que entendian bien su lengua, y sabian como se había de nombrar á Dios. Hasta estos últimos tiempos decíamos pias fundaciones, casas de piedad, ó de misericordia; pero, como esto olería hoy á virtudes cristianas, se ha cambiado en *establecimientos de beneficencia*, á modo de fábricas ó talleres de artes. En efecto, las palabras piedad, caridad, misericordia, han ido desapareciendo á la vista de la filosófica *humanidad*, que hoy suple los oficios de todas aquellas virtudes. Tambien se conocian en otro tiempo entre nosotros la *humanidad* y la *beneficencia*, y se egercitaban mas que ahora: digánlo los hospitales, los hospicios, refugios, amparos, inclusas, colegios, &c. en casi todos los pueblos de España, que cuentan algunos siglos de antigüedad, pero aquellos dos nombres mas

se aplicaban entónces á las virtudes privadas que á las públicas. Tambien se usaban entónces, y se leerán en los egeмпlos de nuestros autores, las voces de *sociedad*; pero acompañada siempre del adjunto *humana* ó *civil*: se conocian tambien los *seres* bajo el nombre de entes, y otras veces de criaturas: los sentimientos eran entonces afectos ó afecciones; los *detalles* eran pormenores; las *asambleas*, juntas, congresos, concursos, cabildos, &c.

Sin ser un tratado clásico de retórica esta obra, he creído necesario clasificar y definir los nombres del arte, todos los tropos, figuras, sentencias, y géneros del estilo. No hay que tachar este pensamiento, ni de pedantería ni de presuncion, y mucho ménos de puerilidad: me ha parecido necesario llevar este camino para guardar método, órden, y claridad. La distribucion y la nomenclatura ayudan á la memoria y á la inteligencia, sin perjudicar á la doctrina, ni á las reflexiones que la acompañan. Esto mismo guardan la química, la botánica, la geometría, la metafísica, (hoy ideología) y la medicina tambien. Y teniendo estas ciencias sus principios y nomenclatura técnica ¿habia de carecer de ella la elecuencia como arte, para descender á las reglas, á las particiones oratorias, á los géneros, y especies?

¿Qué perderá el lector en oir los nombres de *metonímica*, de *perifrasis*, de *apóstrofe*,

de *prosopopeya*, así el que los ignora, como el que los tiene olvidados? El primero verá la definición y la doctrina con muestras que la confirmen en su respectivo lugar, como si para cada cosa se hubiese escrito aquel solo artículo; y el segundo renovará lo uno y lo otro, y tal vez hallará alguna novedad, y se aprovechará de los egemplos varios, que es todo el fruto de la doctrina.

No hay, pues, elocuencia sin elocucion, ni elocucion sin retórica. Ninguna de estas tres cosas conocen, ni pueden distinguir los romancistas; y las personas que llamamos legas, podrán cometer figuras sin saberlo ellos mismos, podrán decir una frase sublime sin apercibirlo cuando la iban á decir, ni cuando la decian, ni despues de haberla dicho, y acaso no dirán otra en un año. Tampoco estos serán capaces de hacer una composicion entera; ni tampoco una sola frase la formarán limpia, elegante, ni correcta, y aun ménos sabrán escribirla; por que en esto último entra ya el egercicio, y el estudio del arte; y obra tibia y sosegadamente el ánimo para producir sus pensamientos con orden, precision y claridad, y evitar los muchos vicios en que debe caer forzosamente el que no tiene estilo formado; pues no lo puede poseer aquel que ignore sus elementos, sus cánones, sus géneros y calidades. Y ¿como tendrá presentes estas reglas y principios el que no conozca el arte

que las ha recopilado, clasificado, esclarecido, y egemplificado?

La elocuencia fué antes que la retórica, es verdad, pero debe entenderse, no el estilo, no la composicion, ni una pieza elocuente, sino dichos ó rasgos sueltos, breves oraciones, producidas por la sola imaginacion ó pasion momentánea de hombres de buen juicio movidos de un impulso natural.

El arte vino despues y recopiló estos dichos y estas frases, las definió, las calificó, las ordenó, y clasificó, y de todo formó un cuerpo de doctrina de elocucion para los que se dedicasen á la oratoria, en cuyo egercicio poco hubieran aprovechado, sino hubiesen tenido bien leídas y meditadas sus reglas, y la aplicacion de los egemplos.

El uso que se debe hacer de estas reglas, la oportunidad, los casos, y las circunstancias, ya no dependen del mecanismo del arte; depende sí de la discrecion, del feliz tino, y del buen gusto del que habla ó escribe; y el que bien escribe no puede dejar de estar muy familiarizado antes con las reglas, los nombres y sus definiciones, por mas que despues afecte despreciarlas como minuciosidades clásicas ó pueriles. Si esto no fuese así ¿como es que las personas iliteratas, ó sean legas, por mas diestros pendolistas que sean en todos los ramos, escriben tan incorrectamente una oracion en pasando de seis líneas? ¿y mas toda-

via, si hay que salir fuera del carril gramatical ú oficial para levantarse á region mas noble ó figurada, se suelen perder entonces, porque ni tienen alas cuando quieren volar, ni báculo para caminar por terreno escabroso y desconocido para ellos, ni luz que los guie en la oscuridad de sus ideas, ni hallan suelo donde hacer pié cuando se entran con el agua hasta la barba? Estas alas, este báculo, lo presta la retórica; y en los preceptos que dicta para el estilo, halla la luz para no descariarse, y el suelo para no ahogarse, el que pretende escribir destituido de su socorro.

Muchas de las personas que, por moda, mas que por razon, hacen melindres á las voces *hipotipósis*, *metalepsis*, *silepsis*, *antitesis*, &c., que entran en la nomenclatura de la elocucion, sufren, y aun aprenden con empeño y no con poca vanidad, sin ser químicos de profesion, sino aficionados, los nombres exóticos de *azoes*, *oxidós*, *sulfatos*, *carbonatos*, &c. de la química moderna, que á la verdad no son, ni mas dulces ni mas inteligibles que los otros. He llegado á sospechar, á vista de esta contradiccion de muchos hombres que cultivan las letras, que tal vez miran como puerilidad la nomenclatura retórica, porque aprendieron el arte en su puericia, como desdeñándose, cuando adultos, de tan humilde recuerdo. Si es esta la causa, me confirmo en lo que tengo dicho en la primera

edicion de esta obra, y me lo ha vuelto á confirmar mi propia esperiencia; esto es, que el arte de bien decir se debiera enseñar á los jóvenes despues de la lógica y de los demas estudios filosóficos; y entonces la edad de los discípulos, como su razon, ya mas cultivada, ademas del mayor fruto que cogeria, daria mas autoridad é importancia al estudio de la retórica.

El escritor ha de cometer las figuras y formar sus períodos sin prepararse para hacerlo, ni acordarse en aquel acto de sus nombres y definiciones, sino despues de hechos para corregir lo que haya dicho mal. Para este caso sirve el estudio anterior de la retórica, ya sea para no caer en yerros, ya para enmendarlos despues de cometidos. Y así cuando he dicho que los dechados sirven mas que los preceptos, no he querido decir otra cosa sino que sirven para la imitacion y el estudio. De otra manera ¿cómo se distinguirán las bellezas, cómo se sabrá escoger lo bueno, lo digno, lo mejor, si no se ha conocido antes? Y ¿cómo se conocerá sino se tienen ya sabidos los preceptos?

Preceptos, vestidos, ó mejor disfrazados con observaciones, reflexiones, advertencias egemplares, he sembrado en esta obra, ya directos ya indirectos, para no dejar la doctrina con la sequedad y desnudez de lecciones de la clase. No contento con haber escogido

insignes egemplos, he querido multiplicarlos en cada sentencia y figura, introduciendo en cada una, no un autor sino muchos, para que se vea entre la diferencia de ellos la gran variedad de modos, y de caminos por donde cada cual llega al mismo fin, diciendo un mismo pensamiento sin decirlo de un mismo modo. Y acordándome de que la perfecta belleza se debe sacar de distintos modelos, por cuanto en un solo individuo es imposible hallarse cosa del todo perfecta; así me ha parecido útil, ademas de agradable, la vária lectura de egemplos de diferentes autores nuestros.

Bajo de esta regla he juzgado á Zeuxis de Heracléa, famosísimo pintor, por muy prudente en haber sacado de muchas hermosas doncellas escogidas una perfecta hermosura, pareciéndole que no bastaba un egemplar para sacar la imágen de la que admiró á toda Grecia, y dió que hacer á muchos poetas que pretendieron alabarla, y por quien habian contendido toda el Asia y la Europa. Euzompo parece que aprobó esta manera de imitar cuando preguntado ¿que pintor de los antiguos se proponia para imitar? dicen que, señalando con la mano hácia cierta junta de gentes respondió: *Yo á la naturaleza imito, y no á hombre alguno.* De este dicho parece que sacó Lisipo lo que solia decir: que de la pintura misma habia aprendido, y sacado el atrevimiento.

Y, como puede suceder que aquel último punto de gracia y de perfeccion á que no alcance la composicion de un autor, alcance la de otro; ó que, cotejadas las muestras de dos ó tres escritores elocuentes, cada cual á su manera, se venga á formar un juicio verdadero del mérito particular de cada uno, y la calificacion del buen escritor en general; he querido hacer en cada figura una como reseña de las plumas de muchos. Nada se perderá en la estension de lecturas tan várias, para aprender los varios modos de espresar un pensamiento determinado, y siempre con elocuencia, que no varía; y á lo ménos se ganará mucho de parte de nuestra lengua, familiarizándonos con el buen decir de los padres de ella.

Ciceron queriendo escribir de la manera de orar, hizo por lindo órden mencion de todos los que habian orado ó escrito de oratoria, así griegos como latinos; y con admirable felicidad y agudeza de ingenio, y con propiedad grande de palabras, los representó, sin dejar cosa que fuese digna de loa en alguno de ellos. Y alabó, no solo á los célebres, mas tambien á los de ménos nombre, porque entendia que no podian dejar de tener alguna cosa digna de alabanza, y así introduce á Pomponio Atico; que á grandes voces le dice: *tú ciertamente vás ya dando las heces;* y el le responde: *Yo voy buscando todos los que*

se atrevieron á orar en público, por no dejar alguno de quien no pueda sacarse fruto. Y no dejaba de creer por eso el orador Romano, como lo dice; que la verdadera perfeccion está en aquella suprema imágen de belleza que se vé con sola la mente é imaginacion, á que no alcanzan los sentidos, y que acá abajo se ha de sacar de cada cosa lo que pareciere mas perfeto.

FILOSOFÍA

DE LA

ELOCUENCIA.

INTRODUCCION.

DESPUES de haber los hombres perfeccionado la facultad de comunicarse sus ideas, cultivaron la de infundirse sus pasiones. Este egercicio en las instituciones democráticas produjo y autorizó el talento oratorio: de cuyos maravillosos egemplos se vino á formar un arte sublime, que, escuchado como oráculo en las deliberaciones públicas, fué árbitro de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y tal vez arma fatal de los tiranos.

De aquí tomó su origen é imperio la elocuencia, que destinada para hablar al corazon como la lógica al entendimiento, llegó en la antigüedad á imponer silencio á la razon humana. Así es que los prodigios que obró muchas veces en boca de un ciudadano cautivando los ánimos de un pueblo entero, forman acaso el testimonio mas admirable de la superioridad de un hombre sobre la muchedumbre. Dejando innumerables egemplos, hasta traer á la memoria aquel Cinéas Té-